

## Los árboles de flores blancas

La nación zapoteca, situada en lo que hoy es el estado de Oaxaca, fue una de las más antiguas de México. Su existencia duró por más de mil años. Muchos hombres ilustres de la República han nacido en esta región, incluso dos famosos presidentes: el licenciado Benito Juárez, una de las figuras políticas más admiradas del país; y el general Porfirio Díaz. Por esta coincidencia Oaxaca también es conocida como «la cuna<sup>1</sup> de los patriotas».

«Los árboles de flores blancas» es una leyenda de romance e intriga; sus personajes principales y los sucesos<sup>2</sup> tienen orígenes históricos.

El rey azteca, llamado el «Rojo Ahuizolt», era un símbolo de terror entre sus vecinos. Hizo constantes guerras para capturar prisioneros, cuyos corazones fueron ofrecidos en sacrificio al dios Huitzilopochtli.<sup>3</sup> A pesar de la crueldad con que trataba a sus enemigos, el rey amaba profundamente a su pueblo y a la magnífica ciudad de Tenochtitlán,<sup>4</sup> con sus hermosos jardines, sus inmensos palacios y sus grandes templos.

**E**ra el siglo quince y el joven rey Cosijoeza acababa de ocupar el trono de los zapotecas en la bella ciudad de Juchitán, llamada ahora Oaxaca. La gente del reino quería mucho a su nuevo soberano<sup>5</sup> que era bondadoso,

<sup>1</sup> cuna cama para niños    <sup>2</sup> suceso acontecimiento

<sup>3</sup> Huitzilopochtli dios de la guerra    <sup>4</sup> Tenochtitlán la capital de los aztecas

<sup>5</sup> soberano autoridad suprema

sabio y valiente. También era un guerrero astuto, talento necesario en aquellos tiempos en que sus vecinos, los aztecas, luchaban continuamente para conquistar el reino zapoteca por medio de las armas o del engaño.

Una tarde el joven rey paseaba por los jardines del palacio para gozar de la belleza de los árboles de flores blancas. Era la hora en que acostumbraban a abrirse las inmensas flores y su delicado aroma se extendía por toda la ciudad. En verdad, los dioses habían favorecido a los zapotecas cuando les regalaron aquellos árboles hace miles de años, árboles que solamente se encontraban en aquel lugar.

De repente, el paseo del rey fue interrumpido por la llegada de uno de sus criados y unos emisarios aztecas.

—Decid<sup>1</sup> el mensaje, por favor —dijo el rey a los emisarios, ansioso de saber cuál sería el nuevo engaño de su vecino azteca.

—Nuestro rey, el gran Ahuizolt, desea que le enviéis<sup>2</sup> unos árboles de flores blancas. Quiere plantarlos en los jardines del palacio y a lo largo de los canales en nuestra encantadora Tenochtitlán —fue la respuesta.

Cosijoeza no respondió inmediatamente. Recordaba que por muchos años, Ahuizolt había tratado en vano de conseguir algunos de esos árboles. También recordaba que los aztecas siempre pagaban un bien con un mal.

Uno de los emisarios, impacientándose, declaró:

—Si no enviáis a mi rey los árboles, él mandará que sus guerreros aztecas se apoderen<sup>3</sup> de vuestro reino. De esta manera él será dueño de todos los preciosos árboles.

—Decid a vuestro rey que no podrá tener mis árboles ni mi reino —respondió con calma el joven rey.

Tan pronto como los emisarios habían salido para su país, el rey zapoteca reunió a los jefes guerreros y les dijo:

—Otra vez tenemos que pelear para salvar nuestras vidas y

<sup>1</sup>decid digan    <sup>2</sup>enviéis envíe Ud. (muy formal)    <sup>3</sup>apoderar tomar posesión

salvar a nuestra hermosa Juchitán del poder de los aztecas. Preparad todas las fortificaciones y las flechas envenenadas.<sup>1</sup>

Los fuertes guerreros lo escucharon y prometieron obedecerlo en todo lo que mandara, pues tenían en su rey una fe sin límites. Así, tres meses más tarde cuando llegó el ejército azteca, cansado de su viaje, fue vencido en pocos días por los valientes guerreros zapotecas.

Al saber de la derrota de su ejército, el rey azteca se puso furioso. Entonces resolvió hacer uso de la astucia<sup>2</sup> para obtener los árboles y, más tarde, el reino zapoteca.

Para llevar a cabo su plan, resolvió pedir la ayuda de Coyolicatzín, su hija más hermosa y más amada. Por eso, la llamó y le dijo:

—Hija mía, necesito tu ayuda para una misión difícil y peligrosa.

—A sus órdenes, padre mío.

—Quiero poseer los árboles de flores blancas y conquistar el reino zapoteca. Este es el plan —añadió el rey, y explicó a su hija la parte que ella debía ejecutar.

A los pocos días, la princesa salió secretamente de la ciudad, acompañada de sus criadas. Todas se dirigieron hacia la hermosa capital de los zapotecas. Para la princesa, el camino era largo y difícil, pero se confortaba y se llenaba de alegría pensando en la confianza que en ella depositaba su padre. Por fin, las viajeras llegaron a un bosque cerca del palacio en Juchitán y allí pasaron la noche.

Al día siguiente, cuando el rey paseaba por el bosque, se detuvo asombrado. Frente a él vio a una joven bella, hermosamente vestida y adornada con joyas preciosas.

—¿Quién eres, hermosa joven? —preguntó el rey. —Pareces una diosa que ha bajado del cielo.

—Soy la más infeliz de las jóvenes y camino por tierras desconocidas en busca de mi felicidad sin encontrarla.

<sup>1</sup>envenenadas con veneno    <sup>2</sup>astucia inteligencia

—En Juchitán soy bastante poderoso. Dime lo que puedo hacer por ti.

La princesa sonrió dulcemente y respondió con palabras vagas, sin decir nada concreto y mucho menos quién era.

—Ven conmigo a mi palacio donde mi madre te cuidará con cariño —pidió el rey.

La princesa fingió aceptar de mala gana la invitación cordial, pero en verdad esto era parte de su plan. Así ella, acompañada de sus dos criadas, pasó felizmente varios días en el palacio del joven rey. Y cuando éste se enamoró completamente de la hermosa y misteriosa joven, ella le dijo:

—Ha llegado la hora en que tengo que partir. Por un poder maravilloso he tenido el gusto de conocerte, pero tengo que volver a mi país.

Cosijoeza no quiso escuchar las palabras de la joven.

—No quiero que me abandones —le dijo. —Quédate aquí para siempre y sé mi esposa. O, si lo prefieres, dime cuál es tu país y yo te seguiré aun si tenga que sufrir toda clase de peligros.

La princesa miró con fingida<sup>1</sup> tristeza.

—Es muy difícil que yo pueda ser tu esposa, pues mi padre es el rey azteca, Ahuizolt.

El joven rey se quedó perplejo ante aquella confesión. Pero estaba tan enamorado de la hermosa joven que aun las mayores dificultades le parecían fáciles de vencer. Por eso contestó:

—Vuelve a tu hermosa Tenochtitlán, si ese es tu deseo. Pronto irán mis emisarios y pedirán tu mano al poderoso Ahuizolt, tu padre.

Lleno de honda tristeza quedó el rey mientras la princesa marchaba contenta hacia su padre. Ya había cumplido feliz-

<sup>1</sup> fingir aparentar

mente la primera parte del programa que aquél le había encomendado.<sup>1</sup>

\* \* \*

Poco después de la llegada de la joven a Tenochtitlán, aparecieron los emisarios del rey zapoteca. Venían cargados de riquezas para ofrecérselas a Ahuizolt como prenda<sup>2</sup> de amistad y también para pedirle la mano de la bella Coyolicatzín.

Mirando los regalos, el rey azteca respondió con fingida sorpresa:

—Me sorprendió vuestra misión. En otras ocasiones los aztecas y los zapotecas han sido enemigos. Pero este matrimonio que vuestro rey desea será de ahora en adelante la base firme de nuestra paz y amistad.

Y después de unos momentos de fingida tristeza, continuó:

—La hija que me pedís, y que ha de salir de mi lado es la más querida. Pero volved y decid al rey que pronto recibirá en Juchitán a la hermosa Coyolicatzín.

Llenos de alegría por la buena noticia que llevaban a su rey, volvieron los emisarios. Nadie pudo sospechar la traición que el rey azteca y su hija iban a llevar al mismo palacio de Juchitán.

Antes de la salida de la princesa, el rey azteca le habló, diciendo:

—Poco a poco, hija, tienes que enterarte de los secretos del ejército zapoteca, incluyendo las fortificaciones. Aprende también cómo se hacen las flechas envenenadas. Entonces les dirás estos secretos a mis emisarios que te visitarán de vez en cuando. Así, cuando lleguen mis guerreros, podrán conquistar el reino en pocos días.

<sup>1</sup>encomendar mandar hacer    <sup>2</sup>prenda prueba

—Padre mío, usted puede confiar en mí. Yo me enteraré de todo lo que desea y se lo diré a sus emisarios.

—Gracias, hija mía. Tengo confianza en ti. Después de la conquista, podrás volver de nuevo a nuestro palacio y casarte con uno de los jóvenes nobles.

\* \* \*

Las bodas de la princesa azteca y el rey zapoteca fueron celebradas con gran esplendor y alegría en Juchitán y el rey se sintió el más feliz de todos los hombres.

Iba pasando el tiempo y la princesa, poco a poco y con mucha prudencia, fue enterándose de las fortificaciones secretas.

Un día llegaron unos emisarios del rey azteca y la princesa les anunció:

—Decid a mi padre que aún no he descubierto lo más importante para él, el secreto de las flechas envenenadas. Pronto enviaré nuevas noticias.

Siguió pasando el tiempo y ya la hermosa princesa había descubierto todos los secretos que su padre quería saber. Pero también había descubierto algo más, algo que había sucedido en su alma. Amaba con todo el corazón a su esposo y a los zapotecas y sabía que nunca sería capaz de engañarlos.

No podía resistir más y fue corriendo en busca de su esposo. Con verdaderas lágrimas de amor le contó todo lo que había sucedido.

El joven rey, con palabras cariñosas, perdonó a su esposa que, desde aquel día en adelante, dedicó su vida a su esposo y a la gente zapoteca.

Se dice que en gratitud a la lealtad de la princesa, el joven rey zapoteca envió como regalo a Ahuizolt unos árboles de flores blancas. Hoy día se pueden ver árboles de esta clase en Tenochtitlán, la vieja capital de los aztecas, que ahora se llama la Ciudad de México.